

nes más recientes, por los glaciares escandinavos. Al igual que las formaciones análogas de la China y de la América del Norte, están afectas á una zona determinada y se suceden en el sentido de las latitudes. La estructura cortada de la Europa occidental no les permite desenvolverse con la misma continuidad que en Rusia y que en la China del Norte; sin embargo, se distinguen dos zonas que se extienden, bien que rotas en pedazos, desde Bohemia á Francia, la una por la llanura del Danubio, la otra por una serie de *Boerden*, regiones llanas y fértiles (1), desde antiguo distinguidas por el lenguaje popular, que se extienden desde Magdeburgo hasta Westfalia y que, interrumpidas por los aluviones renanos, tienen su prolongación en las cumbres limosas de la Bélgica media. Son las dos vías que hace poco hemos indicado y que van á parar una á Borgoña y otra, por la llanura germánica, á Picardía y á Champaña.

Este estudio nos proporciona un hilo conductor. El hecho de encontrar en estas regiones las huellas de un desenvolvimiento más precoz, de una marcha más rápida de la civilización, no puede ser hijo de una coincidencia fortuita. El hierro fué explotado en las épocas más remotas, en las llanuras abiertas de Moravia, á las cuales iban á parar las relaciones comerciales establecidas entre el Oder y el Danubio. La alta cuenca danubiana, teatro eterno de luchas entre los pueblos, atrajo un comercio activo que desde muy temprano supo abrirse caminos al través de los Alpes orientales. Las regiones más fértiles son siempre las más disputadas; por esto en la región limosa del Norte de Bohemia los galos boienos, que dejaron su nombre al país, se establecen exactamente en el sitio cuya riqueza agrícola había sido ya desarrollada por una población anterior.

Los hallazgos arqueológicos nos dan á conocer principalmente armas é instrumentos de lujo, pero por algunas felices casualidades se han exhumado también testimonios de la vida agrícola que hacían los pueblos del Norte de los Alpes: en efecto, en las más antiguas estaciones lacustres se han encontrado trigo, cebada, algunos frutos y tejidos fabricados con lino. A aquellas poblaciones primitivas las vemos ya en posesión de los principales animales domésticos, el buey, el carnero, la cabra y el cerdo (2). Más adelante, los romanos, al trabar conocimiento con el Norte de la Galia, hallaron allí prácticas agrícolas que les sorprendieron por su originalidad y su superioridad. La invención del arado y de la segadora con ruedas se explica muy naturalmente en mesetas descubiertas, de ondulaciones débiles, al paso que el arado ligero y de manejo fácil tiene su lugar propio en las tierras accidentadas de la Cordillera central y de las riberas del Mediterráneo.

¿Hay razón para admitir la existencia de relaciones mantenidas entre los pueblos que ocupaban esas regiones limosas? El examen comparativo de los hallazgos arqueológicos nos presenta, sea entre las comarcas danubianas y el Este de Francia, sea entre el Norte de nuestro país y las regiones situadas al Este del curso inferior del Rhin, analogías debidamente comprobadas que demuestran la existencia de conocimiento recípro-

(1) Tal es la definición que de ellos da Grimm.

(2) La actual raza del buey que por su hocico negro, su cabeza ancha y su color se distingue de las que más tarde vinieron del Norte, se encuentra en los turbales prehistóricos de Suiza.

co y de cambios. Al través de la Europa central circula una vida; podemos, por consiguiente, hablar de antiguas vías de emigraciones y de comercio que por el Danubio ó por las llanuras meridionales de Rusia pusieron en comunicación la parte del continente ocupado por Francia con la que se extiende hacia el Este.

A propósito de la vía danubiana, uno de los más profundos conocedores de las civilizaciones primitivas, Worsaae, ha escrito: «Durante mucho tiempo no han cesado de recibir por allí nuevas olas de vida y de sangre joven los habitantes de los valles circunvecinos (3).» Por mucha que sea la reserva que estas cuestiones de origen imponen, es difícil buscar las fuentes comunes de estas «olas de vida» en otra parte que en la región del Asia occidental que se extiende al Sur del Cáucaso; de allí ciertamente parecen haber venido hacia nosotros las plantas alimenticias ó útiles y la mayoría de los árboles frutales y animales domésticos que desde muy pronto vemos aclimatados en nuestra Europa occidental. Esta aclimatación supone una remota antigüedad de relaciones humanas, y esto sentado, ¿no aporta la geografía un testimonio importante en favor de esa antigüedad, si se halla en condiciones de demostrar, como hemos tratado de hacerlo, por cuáles vías naturales dichas relaciones han podido establecerse?

Francia conserva la huella indelible de sus orígenes profundamente continentales. La agrupación de sus poblaciones parece haberse realizado bajo la influencia de movimientos partidos del Este; de no ser así, sería difícil explicar muchos hechos, entre ellos la manera como están distribuidos en nuestro territorio los dólmenes, los cuales abundan en el Oeste y en cambio son muy raros en la parte oriental de nuestro país. Si este tipo de construcciones primitivas ha podido propagarse desde el Norte de Africa hasta Irlanda, ¿qué obstáculo ha impedido su expansión ó suprimido sus huellas hacia el Este, sino la presión de pueblos procedentes de otras direcciones?

Las poblaciones morenas y en alto grado braquicéfalas que desde antigua fecha dominan en la Cordillera central, en Saboya y en una gran parte de Borgoña, se aproximan por afinidades antropológicas, no á los actuales iberos, sino más bien á las que, bajo distintas mezclas, pueblan todavía la región danubiana. Aquellas poblaciones ocupan el extremo de aquella cadena de antiguos pueblos que ha cultivado la zona de tierras fértiles que atraviesa de parte á parte el continente de Europa. Cuando se trata de buscar las causas de las tendencias y de las aptitudes inveteradas de una población, la prudencia aconseja no atenerse exclusivamente al estudio de su medio actual, sino tomar además en consideración los antecedentes: el temperamento obstinadamente agrícola de la mayoría de nuestras poblaciones se explica tal vez tanto como por la influencia del suelo por las costumbres importadas.

### § 3

La tercera de las vías de emigraciones que hemos indicado corre á lo largo del litoral del mar del Norte hasta Flandes, siguiendo la zona de eterna verdura de

(3) Worsaae, *Die Vorgeschichte des Nordens nach gleichzeitigen Denkmälern*, 1878, pág. 82.

los *marschen*, *polders*, *watten* ó aluviones cuya extensión nos muestra el mapa. Hállase separada, al Sur, de la zona de *loess* ó de limo que se extiende desde el Elba al Escalda, por una serie de páramos ó turbales, como Campine, Peel, Bourtagne, Landas de Luneburgo, terrenos ingratos de guijos y de arena, procedentes, en parte, de restos de escarpas glaciares, espacios desheredados, en donde la eterna alternación de bosques de pinos, de campos pobres y de pardos brezos entristece la vista. No cabe imaginar más sorprendente contraste que el que existe entre esas regiones hoy todavía bastante solitarias y las dos zonas fértiles y pobladas que la limitan al Norte y al Sur.

Estas tierras anfíbias, amenazadas por las reivindicaciones del mar, en las cuales el agua, destructor sutil y solapado, se insinúa y rezuma en el subsuelo, ofrecían ciertamente condiciones más difíciles que las limosas plataformas del interior. A pesar de esto, se explican las ventajas que atrajeron á los hombres hacia ellas. Está demostrado que los espacios descubiertos á lo largo de las costas, á distancia de las exhalaciones y de los peligros del bosque, fueron para los habitantes primitivos de Jutlandia y de las islas danesas los lugares de establecimiento preferidos; estos espacios no faltan á lo largo del mar del Norte, litoral sobre el que jamás ha extendido el bosque sus impenetrables masas, pues en él los árboles tienen que luchar demasiado contra la violencia de los vientos del Oeste. Con tal que un montículo, creado artificialmente, si es preciso, pudiera proteger la habitación del hombre, su *heim*, contra las aguas, su existencia estaba asegurada, mientras se esperaba el comienzo de la era de los grandes encauzamientos, lo que no se realizó hasta la Edad media; aparte de esto, encontraba aquél un medio de circulación fácil en la red de los brazos fluviales. Aquí el producto natural, más que los cereales, es la hierba; por esto desde un principio la ganadería fué la vocación natural de esos futuros manufactureros de leche, de carne y de ganado. Los pueblos que se agruparon á lo largo del mar del Norte fueron ganaderos antes de ser marinos, y si bien hubo indudablemente desde muy antiguo grupos particulares que supieron conquistarse cierto grado de reputación y poderío por su habilidad náutica, de los que ya nos habla Tácito, la ganadería continuó siendo la base de la existencia. La nomenclatura singularmente pintoresca que los marinos de los mares del Norte aplicaron á las islas y á los escollos al través de los cuales tenían que guiar sus embarcaciones, toma la mayor parte de sus expresiones metafóricas del ganado y del pastoreo.

Durante mucho tiempo, esas comunidades crecieron aparte, atrincheradas en condiciones originales de existencia, contraídas en el sentimiento de su autonomía, y hasta muy tarde no entraron en la historia que algunas de ellas debían llenar con su nombre (1); su fortuna está enlazada con el desarrollo de la Europa moderna. Bastante pronto, sin embargo, convirtiéndose aquel litoral en un vivero de grupos que transportaban su género de existencia á playas análogas, partiendo de allí emigraciones, acerca de las cuales la historia nada nos dice y que precedieron á las invasiones por ésta conocidas.

(1) Daneses, anglos, sajones, frisones.

En la costa opuesta al viejo país frisón, la del *Fen* británico, entre Lincoln y Norfolk, pudieron fácilmente instalarse las mismas condiciones de vida; pero donde especialmente estaban llamadas éstas á prosperar fué en el Noroeste de Europa y sobre todo en la baja llanura germánica. Estas comarcas forman parte de la superficie que habían vuelto á cubrir (2) en su retorno ofensivo los grandes glaciares escandinavos, notándose todavía en ellas la huella glaciár. La desecación de los innumerables pantanos que allí dejara el movimiento torrencial consecutivo á la fusión de los hielos, fué una de las grandes obras de la colonización sistemática de la Edad media y de los tiempos modernos; gracias al trabajo del hombre, á las depresiones pantanosas sucedieron las praderas, pudiendo decirse que ninguna otra forma de cultivo, con el género de vida que implica, ha ganado tanto terreno en Europa desde los tiempos históricos.

En Francia, el continuo desarrollo de la zona de aluviones cesa en el Boulonnais; á partir de éste, aunque el clima sigue siendo favorable, la naturaleza del suelo no se presta más que con intermitencias al desenvolvimiento de las praderas, no obstante lo cual nuestras razas de ganado mayor, particularmente las caballares, están hasta más allá del Cotentin en relación de parentesco con las del Noroeste de Europa. Cuando llegaron los normandos, encontraron ya en nuestras playas predecesores; de suerte, pues, que hemos de tener también en cuenta, en lo que se refiere á nuestros orígenes, esos puntos de contacto con las primeras civilizaciones de los mares del Norte, aun siendo cronológicamente posteriores y de menos importancia que las relaciones de tiempos inmemoriales con la Iberia y la Europa central.

## CAPÍTULO IV

### FISONOMÍA GENERAL DE FRANCIA

Francia opone á las diversidades que la asedian y la invaden su fuerza de asimilación; transforma lo que recibe, los contrastes se atenúan en ella y en ella se extinguen las invasiones: parece como que hay en ella algo que amortigua los ángulos y suaviza los contornos. ¿A qué se debe este secreto de la naturaleza?

La palabra que mejor caracteriza á Francia es variedad; las causas de ésta son complejas y dependen en gran parte del suelo, con lo que se enlazan con la larga serie de acontecimientos geológicos por que ha pasado nuestro territorio. Francia ostenta las señales de revoluciones de todas las épocas y pertenece á una de esas regiones del globo, más excepcionales de lo que se cree, que en diversas ocasiones y por medio de retoques diversos han sido modificadas por las fuerzas internas. Aun las porciones que desde hace tiempo han entrado en un período de calma no han perdido la huella de los movimientos intensos que en otra época han sufrido. La acción de desgaste de las edades puede ciertamente amortiguar las formas y aplanar los relieves, mas no logra tan fácilmente abolir las propiedades esenciales de los terrenos: ¿no hay acaso en Bretaña una región, la

(2) Véase el mapa que va intercalado en la pág. xx.

de Treguier, que debe la fertilidad que le distingue a los materiales de un volcán extinguido desde las primeras edades y cuya existencia ha sido, ha mucho tiempo, borrada del modelado terrestre? En realidad, las fases de la tan complicada evolución geológica de Francia están todavía escritas en gran parte en el suelo.

Las enérgicas contracciones que, en un período más reciente, arrugaron el Sur de Francia, repercutieron en las antiguas cordilleras que se les oponían, venciendo la resistencia de las partes más próximas y no extinguiéndose sus efectos sino a mucha distancia de su foco de acción. Esas contracciones modificaron el relieve y reavivaron la hidrografía de aquella parte de nuestro territorio, y el contragolpe de los plegamientos alpinos levantó relieves y despertó volcanes en la Cordillera central que parecía definitivamente embotada por el desgaste de las edades.

Más adelante, apenas terminada, al través de una serie de esfuerzos y de abortos, la obra de consolidación de nuestras grandes cordilleras actuales, comenzó la destrucción de las mismas. En esas cordilleras que sólo fueron bosquejadas para desaparecer ó en aquellas otras que resistieron, si bien cediendo cada día una parte de sí mismas a los agentes destructores, hicieron presa los torrentes, los glaciares y finalmente los actuales ríos, que arrastraron a lo lejos masas de restos. Durante mucho tiempo no se ha apreciado en todo su valor la importancia de esas destrucciones; pero en la actualidad se sabe que restos de este género han constituido al pie de los Pirineos y de los Alpes, de la Cordillera central y de los Vosgos, terrenos tales como los *chambarans* del Delfinado, los *boulbenes* de Gascuña, los *nauves* del Double, los *brandes* del Poitou, etc.

Estas variedades de suelo se combinan con variedades no menos grandes de clima para componer una fisonomía única en Europa.

En Francia, como en Alemania y en Italia, se suele plantear la antítesis del Norte y del Mediodía, lo cual es un medio de clasificar bajo una fórmula sencilla diferencias muy reales; pero muy pronto se advierte que en nuestro país esta división se subdivide y se descompone en un número de matices mayor que en ninguna otra parte.

Es preciso, en primer lugar, distinguir el Mediodía del Sudeste, ó mediterráneo, del Mediodía del Sudoeste, ó oceánico. Cuando hablamos del Mediodía, la imagen que acude a nuestra mente es sobre todo la del primero, imagen la más marcada y, según la frase de Mme. de Sevigné, la más expresiva. Sin embargo, basta que nos alejemos de Narbona cincuenta kilómetros hacia el Oeste, para que veamos desaparecer el olivo, ese compañero fiel del Mediterráneo, y algo más lejos cesan los viñedos que hoy cubren las llanuras, y campos de trigo y de maíz, bosquecillos de robledales forman poco a poco un paisaje de muy distinta fisonomía; y es que insensiblemente, cuando nos alejamos del Mediterráneo hacia Tolosa, pasamos de la región de las lluvias escasas y sobre todo desigualmente distribuidas a una región de lluvias más abundantes y mejor repartidas que ofrecen un máximo de primavera en el Alto Langüedoc, en el Quercy, en el Agenais y en el Armagnac. La transición es gradual: el aumento de las lluvias de verano, tan poco frecuentes a orillas del Mediterráneo, que se

hace sensible ya en Carcasona, márcase claramente entre esta última ciudad y Tolosa. También gradualmente, aunque más lejos hacia el interior, se amortigua la violencia de los vientos que rugen alrededor del Mediterráneo. Y el suelo, mejor lubricado y menos barrido, se descompone en un limo unas veces pardo y otras amarillo claro, y el maíz, que necesita las lluvias de la primavera, disputa el terreno al trigo.

Existen, pues, en el Mediodía dos Mediodías, por lo menos; el del Mediterráneo, del Rosellón, del Bajo Langüedoc, de la Provenza calcárea es el más acentuado, sobre todo por el sello que el verano imprime en el paisaje. Cuando los campos han soportado varias semanas de sequía y un centenar de días consecutivos de temperatura superior a 20 grados, y una capa de polvo lo cubre todo, siéntese por un instante la impresión de muerte que se asocia al estío en ciertas mitologías de la antigüedad y de Méjico: la humedad se ha refugiado en el subsuelo adonde van a buscarla con sus largas raíces los árboles y los arbustos; los ríos ocultan sus aguas bajo un lecho de guijarros, y en los pedregosos ribazos nada queda de la florescencia rica y variada que brotó en la primavera. Pero las lluvias ciclónicas que caen generalmente durante la última mitad de septiembre ponen término a esta crisis del año; octubre y noviembre son, en nuestra región mediterránea, los meses lluviosos por excelencia y con el fin del verano reavívanse los bruscos contrastes de temperatura cuya influencia, á veces páfida, pero en conjunto más bien tónica y vigorizante, es uno de los caracteres de nuestro clima provenzal.

Dondequiera que reina alrededor del Mediterráneo el cinturón de montañas, la transición del paisaje es muy brusca: al través de nuestros Cevenas el contraste es completo, y Carlos Ritter, en una de sus cartas de viaje, consigna la impresión que, yendo en diligencia de Clermont á Nimes, le causó ese cambio rápido. En el valle del Ródano, por el contrario, este espectáculo se fracciona y se multiplica, debido á que las formas vegetales mediterráneas desaparecen sucesivamente: el olivo hacia las gargantas de Viviers, la encina más allá de Vienne y el moral al pie del Mont d'Or Lyonés, casi en el sitio en donde las viñas de especies borgoñonas, como el gamay, la tintilla, etc., reemplazan á los plantíos que crecen en las colinas del Ródano. Pero aun más lejos se encontrarían algunos emisarios de la vegetación mediterránea que crecen al abrigo de las vertientes calizas del Jura meridional; de la misma manera penetra el almendro por la región de las Causses hasta Marvejols, deslizándose por los repliegues de los valles, y avanza la encina hasta Florac y aun hasta las inmediaciones de Rodez. Parece como que la vegetación mediterránea esté dotada, merced á la influencia del clima, de una fuerza invasora, y que las rocas calizas, por su calor y su sequedad, le faciliten la marcha hacia el Norte.

Pero ya cerca de Grenoble, hacia Vienne, varían el marco y el cuadro: el sol de agosto, que seca los valles pedregosos del Durance, hace brillar en medio de la verdura el de Graisivaudan; la pradera se mezcla con la viña y con los árboles frutales; el bosque cubre las cordilleras de la Gran Cruenta y del Vercors, y el follaje claro del nogal se ostenta en una atmósfera húmeda,

aunque bañada todavía de luz. Débese esto á que entramos en la zona de los veranos húmedos, en la cual el verano, siguiendo el régimen de la Europa central, es la estación que aporta mayor cantidad de lluvia: estas condiciones son las que reinan en Suiza y en la Baja Auvernia y las que hacen de la Limagne un vergel.

Lyón no se substraee por entero al Mediodía, puesto que tiene de éste sobre todo los cambios bruscos de temperatura, el viento Norte y amplitudes bastante importantes en las diferencias de calor y de frío; pero, en conjunto, domina en el paisaje una nota más septentrional, y este aspecto, sensible ya en el Bajo Delfinado y más acentuado en la Dombes, resulta especialmente de la constitución del suelo. La huella de los antiguos glaciares no ha desaparecido y los elementos triturados de las antiguas escarpas constituyen en el umbral del Mediodía, bajo la forma de depósitos fangosos, de guijarros y de grava, de limo decalcificado, de arcillas espesas, «tierras frías» de nieblas frecuentes. La misma Bresse, adonde no llegaron los glaciares, tiene un suelo impermeable en el que la vecindad del agua se adivina por la frecuencia de los árboles, de los «matorrales», de los prados que, con los campos que encima de ellos se extienden, se confunden en verano en un conjunto de verdura.

No es menor la variedad en la Francia del Norte, pero es distinta, puesto que se compone de matices más bien que de contrastes, fundiéndose en una tonalidad más suave.

En el Norte, el relieve aparece más uniforme, y á poco que los ojos estén acostumbrados á las formas del Mediodía, la contemplación de aquella continuidad de líneas y de aquella falta de vigor de los horizontes produce una impresión de añoranza, un vago sentimiento de tristeza á los cuales pocos viajeros se substraen desde el momento que han pasado la Cordillera central.

Esta uniformidad de relieve determina mayor homogeneidad en el clima. De la Francia del Norte puede especialmente decirse que está á barlovento con relación al Atlántico. Las depresiones barométricas de que es foco durante el invierno el Atlántico septentrional, obedecen en su movimiento de traslación hacia el Este á trayectorias que, por lo general, se encuentran con Irlanda y Noruega; pero la conmoción causada por estos torbellinos de aire húmedo y tibio se comunica hasta Bretaña, desde donde, á partir de octubre, época en que este régimen acostumbra establecerse en el Noroeste de Europa, las lluvias ciclónicas no tardan en invadir toda la Francia del Norte. Desde la Bretaña hasta los Vosgos, las mismas perturbaciones, que se propagan sin obstáculos, producen aguaceros, turbonadas ó lluvias finas, al mismo tiempo que empiezan las crecidas de los ríos, y el viento Sudoeste arrastra por encima de las mesetas de Borgoña y de Lorena sus columnas de nubes negras.

De modo que la parte septentrional de nuestro territorio, situada si no en el camino ordinario, por lo menos en la vecindad inmediata de las depresiones que en invierno crean el clima oceánico, es la parte en que más se deja sentir la atenuación anormal del clima. Mientras en el interior del continente una zona de altas presiones y de fríos avanza con frecuencia desde la Ru-

sia meridional y de la Polonia hasta Baviera, Suiza y aun más allá, el Norte de Francia queda las más de las veces fuera de esta «dorsal» librándose, gracias á ello, de los rigores del clima continental. Es raro que al Oeste del Rhin las heladas se prolonguen con continuidad más de algunos días; y si nuestros inviernos opacos y nebulosos tienen su tristeza, por lo menos el movimiento del agua y el verdor persistente de multitud de plantas conservan, durante los mismos, la imagen ó la ilusión de la vida. Y en cuanto vuelven las temperaturas propicias al desarrollo de la vegetación, el ciclo de vida se reanuda concediendo á la planta un período de siete y en los valles del Loira hasta de ocho meses, para recorrer las fases de su existencia, y aunque más de una vez resulta castigada la precocidad, en conjunto el resultado es que se reparte en una gran parte del año la posibilidad de las ocupaciones agrícolas y se multiplican las ocasiones y los géneros de cultivo.

Imagínense ahora los matices que en este espacio de la Francia del Norte pueden producir un clima variable y una gran diversidad del suelo; porque aquí, más que en parte alguna, el cambio de la naturaleza viviente se realiza por adiciones y sustracciones sucesivas, por toques alternativamente intentados y reanudados. La primavera se presenta en el valle del Rhin antes que en el resto de Alemania y en la Isla de Francia antes que en el valle del Rhin. La Lorena tiene muchos rasgos que la hacen depender de la Europa central: las lluvias de verano están allí bien marcadas y á ellas deben las pedregosas mesetas de Lorena y de Borgoña la conservación de sus bosques que tan difícil es resucitar una vez destruidos. El Este debe además á su posición continental una mayor duración de esos luminosos otoños que ayudan á la maduración de las viñas. La comarca que se extiende entre el Rhin y París, situada hacia el límite de las influencias continentales y marítimas y sensible todavía á las influencias meridionales, tiene, merced á ese equilibrio inestable, una sensibilidad más fina para reflejar las menores variedades de altitud, de orientación y de suelo.

De aquí, toques de fisonomía muy variados, tales, por ejemplo, como las diferencias que se observan entre las vertientes hacia las cuales suben los vientos lluviosos del Oeste y las vertientes opuestas. Los escarpes calcáreos del Maconnais, con sus tonos claros y sus movedizos cascajos envueltos en una vegetación de albosoles y lianas delicadamente cincelada, evocaba en Lamartine imágenes de Grecia; en efecto, las líneas de colinas que se extienden hacia el Este entre la húmeda Bresse y las descoloridas mesetas del Auxois tienen algo de luminoso que ya no volverá á verse. El castaño y hasta el almendro, siempre á favor de semejante orientación, avanzan hasta los pliegues de los valles de Alsacia; las vertientes orientales de los ribazos loreneses se ensanchan formando circos en los cuales la luz y el calor reflectados hacen madurar algunas viñas y cerca de Metz dan abrigo á verdaderos verjeles; y los bellos cultivos amigos del sol, los viñedos, los frutales y los nogales, se extienden hasta el pie del Ardena que los protege del viento Norte, asociados á una vegetación que por la multiplicidad y elegancia de formas anuncia ya ó recuerda aún el Mediodía.

Los geógrafos botánicos observan que entre los prin-